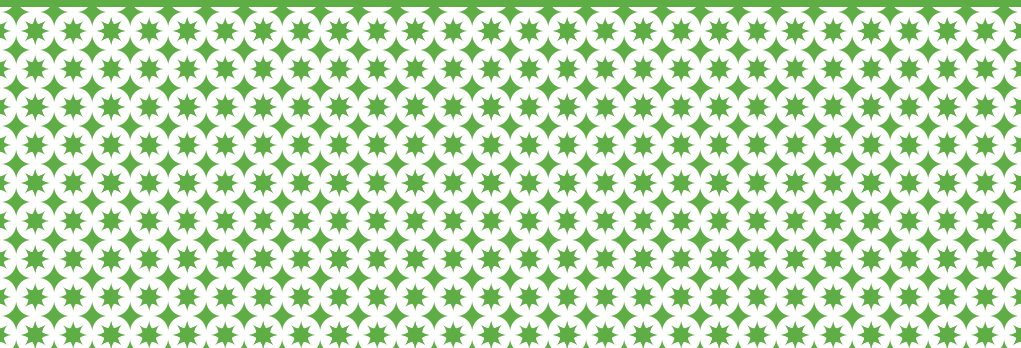


COLECCIÓN ENSAYOS

La semilla de la discordia

El nacionalismo en el siglo XXI

Gabriel Tortella
Gloria Quiroga Valle



Gabriel Tortella
Gloria Quiroga Valle

LA SEMILLA
DE LA DISCORDIA
El nacionalismo en el siglo XXI

Marcial Pons Historia

ÍNDICE

PRÓLOGO, 11

INTRODUCCIÓN, 23

La nación. Origen y significado moderno, 25

El porqué de la nación moderna, 29

La nación «metafísica», 31

El nacionalismo y sus significados, 34

¿Qué es una nación?, 36

El nacionalismo catalán, 42

Las bases del nacionalismo, 46

1. NACIONALISMO Y MODERNIZACIÓN, 53

La formación de naciones: las oleadas, 54

Los orígenes del crecimiento económico, 57

Pioneros y seguidores: los factores endógenos, 61

Nacionalismo y crecimiento, 64

La tasas de crecimiento de las nuevas naciones, 65

Las tasas de crecimiento antes y después de la fundación de la nación, 69

Los factores endógenos de la economía, 75

Geografía e historia: los factores exógenos y los ritmos de la construcción nacional, 78

Panorama general de las tasas de crecimiento, 82

Nacionalismo, modernización y distribución de la renta, 88
Convención y esencialismo en la fundación de naciones, 103

2. PROBLEMAS DEL NACIONALISMO EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XXI, 109

Breve historia del nacionalismo español, 109

Introducción, 109

Los inicios, 111

La Edad de Oro, Plata y Hierro, 114

Del absolutismo al despotismo ilustrado, 117

¿Madre o madrastra?, 121

Crecimiento económico y fermento nacionalista, 128

Nacionalismo, dictadura y democracia, 131

¿España invertebrada?, 135

Los nacionalismos regionales, 138

El nacionalismo catalán, 138

DEL NACIONALISMO AL SEPARATISMO, 144

REFERÉNDUMS E INDEPENDENCIA, 152

EL OTOÑO DE 2017, 163

El nacionalismo vasco, 175

ORÍGENES, 175

ETA, 177

CONSTITUCIÓN Y PRIVILEGIO, 178

EL PLAN IBARRETXE, 182

EL FIN DE ETA, 183

¿NAVARRA Y CONFEDERACIÓN?, 187

Otros nacionalismos regionales, 190

El nacionalismo y la izquierda, 191

La traición a los principios, 191

Descalificación y cainismo, 196

La nación de naciones, 200

España y los países anglosajones, 204

El Brexit y la historia, 206

Regreso a Neandertal, 210
Resentimiento y nacionalismo, 214

3. BALANCE MUNDIAL DEL NACIONALISMO EN EL SIGLO XX
(Y LO QUE VA DEL XXI), 219

CONCLUSIONES, 269

Nacionalismo y modernidad, 269
El papel de la educación, 273
Las raíces del nacionalismo, 276

APÉNDICE, 283

REFERENCIAS, 293

ÍNDICE ANALÍTICO, 301

PRÓLOGO

En España el nacionalismo nos depara sorpresas todos los días, casi todas desagradables. Para personas interesadas en temas de política y de ciencias sociales en general, el tema ejerce una atracción hipnótica, porque afecta a nuestras vidas de manera directa y porque es cuestión difícil de desentrañar. El nacionalismo es una corriente de pensamiento que más podría llamarse «de sentimiento», porque sus adeptos raramente ofrecen justificaciones racionales para explicar su conducta política y los principios que la guían. En realidad, como señala Berlin (1982, p. 349 y *passim*), el nacionalismo formó parte originalmente de la reacción «romántica» de Alemania en las primeras décadas del siglo XIX contra el racionalismo de la Ilustración, en el que Francia tuvo un papel descollante. Como decimos más adelante, el nacionalismo constituye hoy un salto atrás en la conducta humana, es una extraña fusión de modernismo y atavismo que ha emponzoñado tanto las relaciones internacionales, como las intranacionales y las interpersonales. Por eso hemos titulado el libro *La semilla de la discordia*; porque el nacionalismo, de una manera gradual, ha ido extendiéndose como una planta rastrea y ha tocado todos los aspectos de la vida social, agudizando los conflictos y ofreciendo una alternativa a los movimientos de masas de extrema izquierda más peligrosa aún que estos.

La ciencia social propiamente dicha nació en el siglo XVII, cuando la revolución inglesa demostró prácticamente que la estructura social de lo que después se llamó el Antiguo Régimen no obedecía a un orden inmutable de origen divino, sino que tenía un origen humano, y era mutable y perfectible: podía variar y adaptarse a las necesidades y a la voluntad colectivas. A partir de entonces los filósofos, con Hobbes y Locke a la cabeza, y más tarde los famosos *philosophes* franceses (en especial, Montesquieu), estudiaron la sociedad y trataron de diseñar la mejor forma de organización social. Nacieron entonces una serie de escuelas y doctrinas, la más importante de las cuales fue el *liberalismo*, que, bajo la influencia de los economistas inspirados en la teoría de la mano invisible de David Hume y de Adam Smith (que le dio nombre), postulaba que la mejor sociedad era aquella que se regía por unas cuantas reglas sencillas y comprensibles, y permitía que los individuos actuaran libremente mientras observaran las normas o leyes que la sociedad había establecido, y que, por supuesto, podían modificarse cuando las circunstancias lo aconsejaran. A largo plazo, postulaba esta teoría, se alcanzaría la máxima utilidad (felicidad) individual y colectiva posible, según la doctrina de Jeremy Bentham. Voltaire, en su *Candide*, ridiculizó este optimismo liberal en la figura del filósofo Pangloss, que afirmaba que la humanidad vivía en el mejor de los mundos posibles; pero no ofreció Voltaire ninguna teoría alternativa. Siglo y medio más tarde Keynes escribiría aquella frase tan citada, que sería una carga de profundidad para el liberalismo económico: «A largo plazo todos estamos muertos». En otras palabras, el liberalismo económico puede actuar con excesiva lentitud, porque la vida humana es corta. Su discípula Joan Robinson fue aún más lapidaria cuando afirmó que la mano invisible siempre funciona, pero a veces lo hace por estrangulación.

Aunque las revoluciones norteamericana y francesa se inspiraron en las ideas liberales, ya hubo en la Francia del siglo XVIII quien criticara el liberalismo por su excesivo gradualismo: los comunistas de Baboeuf. A los filósofos más radicales las

desigualdades y la miseria de las sociedades reales les parecían demasiado inmediatas e intolerables y desconfiaban de que, incluso en el largo plazo, una sociedad armónica y aceptablemente igualitaria pudiera alcanzarse por medio de las políticas liberales. Nacieron así las teorías del *socialismo* y del *comunismo*, que postulaban la necesidad de reformas profundas o revolucionarias ante la inoperancia o la excesiva lentitud de lo que pronto se llamó *capitalismo* (estamos en la primera mitad del siglo XIX). En este mismo período aparecieron en Alemania las teorías del *nacionalismo* que, relativamente indiferentes a los problemas de la estructura social y la distribución de la riqueza, postulaban la necesidad de que los pueblos adoptaran una estructura nacional como la que habían adoptado Inglaterra (luego Gran Bretaña), Estados Unidos y Francia, y modernizaran sus estados. El modelo que los primeros filósofos del nacionalismo (Herder, Fichte, Hegel) tenían en mente era el Estado prusiano, pero estos filósofos eran pangermanistas. Con todo, el problema que los teóricos nacionalistas nunca resolvieron, porque es irresoluble, es qué se entiende por «pueblo»; o, en otras palabras, a qué grupos humanos les corresponde el constituirse en nación y a cuáles no.

El nacionalismo llevaba implícita una crítica al socialismo, porque postulaba de manera elíptica que la pertenencia a una nación era más importante que la adscripción a una clase social. No en vano el socialismo fue internacionalista durante el siglo XIX, y afirmaba que la pertenencia a una clase social (el proletariado) era más importante que ser ciudadano de una nación. Recordemos el eslogan del *Manifiesto Comunista*: «Proletarios de todo el mundo, uníos». Al iniciarse la Primera Guerra Mundial, paradójicamente, el nacionalismo venció al socialismo, ya que los partidos socialistas, incluido el laborismo inglés, respondieron a la llamada de sus respectivas naciones y participaron activamente en ambos bandos de lo que Lenin (y muchos líderes socialistas) llamó la «guerra imperialista». El ideal de revolución internacional se esfumó de forma gradual en la posguerra y los comunistas rusos se convirtieron a la doctrina del

«socialismo en un solo país». El socialismo en sus dos vertientes, la comunista totalitaria y dictatorial de la Unión Soviética, y la socialdemócrata, se enfrentaron al nacionalismo más extremo, que se había coaligado en la alianza de la Alemania nazi, la Italia fascista y el Japón militarista, pacto conocido como el Eje, durante la Segunda Guerra Mundial. El Eje fue aniquilado y durante unos años pareció que el nacionalismo había sido derrotado; pero no fue así, aunque durante cuarenta y cinco años el mundo se polarizara entre dos bloques, el comunista y el capitalista, y los problemas del nacionalismo parecieran pasar a un segundo plano. Sin embargo, cuando el comunismo europeo se derrumbó en los años 1989-1991, el nacionalismo renació con fuerza. En realidad, como veremos en el presente libro, el nacionalismo, doctrina confusa, difusa y proteica, había estado siempre allí.

Los autores del presente libro colaboraron hace unos años en la escritura de un ensayo sobre los problemas de la inserción de Cataluña en España (Tortella *et al.*, 2016), problemas estrechamente relacionados con el recrudescimiento de los nacionalismos de la periferia española tras el fin de la dictadura franquista. El mismo recrudescimiento se dio, como hemos visto, al derrumbarse la dictadura comunista de la Unión Soviética y terminarse la hegemonía rusa sobre los países de Europa oriental. Al advertir este paralelismo entre el fin de la dictadura franquista y el de la dictadura comunista, nosotros nos sentimos atraídos por el problema del nacionalismo en general, y del encaje del caso catalán dentro de este movimiento difuso y proteico, pero tenaz y resistente, y por las múltiples facetas que ha adquirido a lo largo y ancho del mundo actual. Nos sirvió de cañamazo una serie de artículos, en su mayoría periodísticos, que el autor senior, Gabriel Tortella, ha venido publicando en los últimos años, que adquieren una aceptable unidad al ser recopilados, y que ofrecen un panorama de bastante actualidad sobre las cuestiones del nacionalismo, no solo el catalán.

El presente libro tiene cuatro partes bien diferenciadas y una quinta de conclusiones. La primera es una introducción

histórica al concepto de nacionalismo. Precisamente porque la doctrina nacionalista es muy tenue y difusa, y la discusión corre el peligro de caer en la «esterilidad prolífica y relumbrante característica de las discusiones sobre objetos indefinidos e indefinibles», como dice Lüthy, y llevándonos al misticismo o la mixtificación, hemos tratado de ser precisos en nuestras definiciones, separar los diferentes significados que pueden tener las palabras «nación» y «nacionalismo», y separar muy claramente los hechos históricos de las construcciones retóricas que tanto abundan en esta materia.

La segunda parte está centrada en la comprobación de una teoría bastante generalizada, la que sostiene que el nacionalismo ha sido un poderoso agente de modernización en las sociedades contemporáneas. En ella hemos comprobado que históricamente ha habido dos modos de acceder los países a la condición de nación, el modo endógeno y el exógeno. El primero es aquel en que los países adoptan la condición nacional como culminación, o como etapa muy importante, de un proceso de crecimiento y maduración política, económica y social. El segundo es aquel en que los países acceden a la condición nacional no como culminación de un proceso de maduración y desarrollo, sino como resultado de una serie de acontecimientos externos (guerras, desmembración de imperios) que permiten a ciertos países o grupos humanos acceder a la condición de nación antes de haber alcanzado un nivel mínimo de desarrollo.

Los indicadores de madurez y desarrollo que hemos utilizado en este estudio son la renta nacional por habitante medida en dólares constantes, y la renta nacional por habitante relativa o normalizada, es decir, como proporción de la renta por habitante media mundial. Aunque somos conscientes de las limitaciones de esta vara de medir, los resultados de nuestros cálculos han sido consistentes y relativamente robustos, y nos han permitido comprobar que entre las naciones formadas endógenamente y las formadas exógenamente existe un gran número de casos intermedios. Hemos podido comprobar que entre las nacio-

nes formadas antes de la Primera Guerra Mundial predominó la forma endógena y que a partir de entonces ha predominado la exógena. Uno de los corolarios de nuestro análisis es que la condición nacional no es necesariamente un agente de modernización ni un signo de madurez. La variedad de experiencias es muy grande y es muy arriesgado generalizar en el tema de la construcción nacional. La adopción de la forma nacional por un colectivo humano toma sendas muy variadas y entraña causas y consecuencias muy diversas. El hecho, además, de que la historia nos muestre que el proceso de «construcción nacional» se ha producido por oleadas subraya la contingencia del proceso de adopción de la fórmula nacional. En las primeras oleadas predominó la formación endógena y en las últimas la exógena.

Este análisis nos ha permitido también observar que el efecto modernizador de la construcción nacional ha sido mucho más claro en el terreno político que en el económico. En el terreno económico la forma nacional ha distado mucho de ser la panacea universal que le atribuyen ciertos autores, como, señaladamente, Liah Greenfeld. Hay además razones sobradas para pensar que la relación causal ha ido de la economía a la política y no a la inversa. En otras palabras: la mayoría de las naciones de las primeras olas (y aquí se incluyen, por supuesto, las tres pioneras, las puramente endógenas Inglaterra, Estados Unidos y Francia) adoptaron la forma nacional porque antes habían alcanzado un cierto grado de madurez económica y social. En cambio, la mayoría de las naciones formadas más tarde, adoptaron la forma política nacional antes de alcanzar dicha madurez. La adopción prematura de la forma nacional, es decir, antes de haber alcanzado un mínimo grado de desarrollo económico y social, se tradujo en muchos casos en caos político (llegándose a un número no despreciable de lo que se ha dado en llamar «Estados fallidos» —*failed states*—) y desintegración social, con su correlato de violencia y guerra. La forma nacional, por tanto, dista mucho de ser una fórmula política infalible para alcanzar la estabilidad y el bienestar.

Otra conclusión que alcanzamos en esta parte del libro es que el nacionalismo como ideología cambió de naturaleza en la primera mitad del siglo XIX. Entre las primeras naciones (las tres pioneras y sus inmediatos seguidores) el nacionalismo adoptó medios y fines donde predominaban los rasgos revolucionarios o profundamente reformistas. La forma política de las primeras naciones tuvo caracteres profundamente revolucionarios: no en vano se habla de la revolución inglesa, de la americana y de la francesa. Estas revoluciones dieron lugar a organizaciones sociales totalmente nuevas. Sus inmediatas seguidoras tanto en Europa como en América adoptaron estas mismas formas revolucionarias, aunque a veces, sobre todo en América, la revolución fuera más retórica que real. Pero a partir de un cierto momento, inspirados en gran parte por el pensamiento alemán de las primeras décadas del siglo XIX, los políticos vieron a la nación como un fin en sí misma, y además como un ente superior y abstracto, por encima e independiente de las partes que lo componen, es decir, de la suma de sus ciudadanos. Esta teoría (la esencialista de Fichte y Herder) alcanzó un gran éxito con la creación de las naciones de Italia y Alemania y a partir de entonces todos los pueblos y países que no eran nación pasaron a querer serlo, sin tener en cuenta que el ejemplo de los endógenos europeos sólo serviría a pueblos con un grado de desarrollo político, económico y social como el que tenían ellos. De ahí la explosión de los nacionalismos en torno a la Primera Guerra Mundial y su posguerra.

Esta adopción precipitada e irreflexiva del nacionalismo esencialista planteó muchos de los problemas que siguieron durante el período de entreguerras. Pocos advirtieron la gravedad de estos problemas en el caos político creciente de ese turbulento período. El cambio de paradigma desde el reformismo revolucionario y «democrático» hasta un nacionalismo esencialista ha dado lugar a una situación internacional muy difícil. Con tal de convertirse en naciones, muchos pueblos subdesarrollados e inmaduros han emprendido guerras tanto civiles como externas

en nombre de Movimientos de Liberación Nacional y luego han creado naciones que, más que tales, son entes escasamente viables, lo que los anglosajones han llamado *failed nations* y nosotros podemos llamar «naciones fallidas».

La lectura de esta segunda parte es más ardua que la de las otras, por estar esta basada en un análisis cuantitativo que puede resultar tedioso para los no especialistas. Por eso nos hemos extendido al sintetizarla en estas páginas preliminares y también le hemos dedicado una atención preferente en las conclusiones (primer apartado, pp. 269-273). La esencia del método y de las conclusiones se encuentran allí resumidas, con el propósito de que el lector pueda saltarse lo que encuentre más impenetrable de la segunda parte sin por ello perder el significado de esta parte del libro que, a nuestro juicio, contiene su aportación más novedosa.

La tercera parte sintetiza una serie de ensayos publicados en revistas y periódicos que están centrados en cuestiones y problemas actuales relacionados con el nacionalismo, en especial el catalán, que ha adquirido tintes amenazadores sobre todo en el último decenio. Expone, por tanto, un conjunto de problemas de actualidad relativos casi todos al extremadamente complicado panorama político de la España de hoy.

La cuarta parte ofrece un balance del nacionalismo desde principios del siglo xx hasta la actualidad, narrando una serie de casos especialmente significativos de acceso a la construcción nacional en diversos países de los cuatro continentes. Hemos contado con un cierto detalle los casos que nos han parecido más sobresalientes y al final hemos colocado una enumeración casi exhaustiva de los casos que no hemos podido estudiar a fondo por falta de tiempo y de espacio. Los siguientes epígrafes retoman y resumen algunos de los temas que nos han parecido más importantes de los abordados en el cuerpo del libro.

La quinta parte contiene las conclusiones.

Durante los dos años que nos ha llevado la investigación y redacción de *La Semilla*, hemos contraído deudas intelectuales y económicas. La persona que sin duda ha contribuido más a este

libro, con la excepción de sus autores, por supuesto, es Clara Eugenia Núñez, que lo ha leído, comentado y criticado en numerosas ocasiones; tanto sus elogios como sus críticas han contribuido a mejorar el texto, sin que pueda achacársele a ella ninguno de los defectos que hayan subsistido.

La Fundación Alonso Martín Escudero y su presidente, el profesor Ramón Parada, con su generosidad y comprensión, han prestado su apoyo a una idea que sin ellos no hubiera sido posible llevar a cabo.

En Carlos Pascual, presidente de la editorial Marcial Pons Ediciones de Historia, hemos encontrado colaboración y comprensión inteligente en los momentos de incertidumbre provocados por la pandemia del Covid-19.

Las bibliotecas de la Universidad Complutense, de la de Alcalá, de la Universidad Nacional de Educación a Distancia y del Banco de España nos han prestado una ayuda inapreciable que queremos agradecer aquí.

Por último, pero no menos importante, en el plano más personal y familiar, el apoyo incondicional, en los buenos y en los no tan buenos momentos, de Emilio, Vicky y Alex Pérez a la coautora de este libro.